
La guerra fría

Álvaro Lozano

© Álvaro Lozano, 2007

© Editorial Melusina, S.L.

www.melusina.com

Diseño gráfico: David Garriga

Créditos de las ilustraciones: Library of Congress

Primera edición, 2007

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

Fotocompuesto en Víctor Igual S. L.

Impresión: Romayà Valls, S. L.

ISBN-13: 978-84-96614-29-1

ISBN-10: 84-96614-29-8

Depósito legal: B-37592-2007

Printed in Spain

Introducción.

Roma y Cartago

Cada país luchó por su propio sentido de la seguridad, para crear un orden mundial conforme a sus propias instituciones políticas e ideales, y en este sentido no podía haber compromiso.

M. Shaw.¹

¿Existió la guerra fría? Hoy parece ya un conflicto distante, extraño y, sin embargo, ha forjado el mundo actual. Durante más de cuarenta años dominó todas las facetas de las relaciones internacionales oponiendo fundamentalmente a dos Estados: la Unión Soviética (URSS) y Estados Unidos (EEUU), que se apoyaban en dos alianzas: el bloque oriental y el occidental. Para aquellos que nacimos durante el auge de la guerra fría y que vivimos de cerca el temor, entonces real y tangible, de una guerra atómica, y que presenciamos su súbita desaparición —no así de sus temores, suplantados hoy por la más elusiva amenaza terrorista—, resulta fundamental para una comprensión del mundo actual conocer los orígenes, las etapas y el fin de aquel terrible período.

El término «guerra fría» se emplea para describir el prolongado conflicto entre el bloque socialista y el occidental que se libró en los frentes político, económico y propagandístico y, sólo de forma muy limitada, en el frente militar. Inicialmente, describía un período histórico que comenzó entre los años 1945-1947, con la disolución y las discrepancias en el seno de la alianza de países que había luchado contra el Eje durante la segunda guerra mundial. La guerra fría adquiriría también una acepción más analítica, no para definir una particular fase de la rivalidad Este-Oeste, sino para analizar la rivalidad entre el capitalismo y el comunismo.

Bajo este prisma analítico, los orígenes de la guerra fría se situarían en 1917, con el triunfo de la revolución bolchevique en Rusia y su reto global al capitalismo.

¿Se dio en algún momento de la historia algo parecido a la guerra fría? Existen algunos paralelismos históricos interesantes: la larga lucha entre el Imperio romano y los bárbaros mientras se producía un claro declive social en el seno de la república romana. Dean Acheson, secretario de Estado norteamericano señaló: «La amenaza a Europa occidental me parecía a mí como la que el islam había presentado siglos atrás, con su combinación de lucha ideológica y de poder».²

La guerra fría adoptó diversas formas: estratégicas, militares, económicas, diplomáticas, culturales, etc. Las incesantes guerras europeas han sido de dos clases: guerras ideológicas o de poder. La guerra fría, por primera vez en la historia, era una contienda que aunaba ambas características. Es interesante destacar que, a pesar de los intentos de representar a la URSS como un Estado semiasiático, éste siempre se movilizó con la bandera de una ideología occidental basada en los estudios de Marx sobre las consecuencias de la revolución industrial en Gran Bretaña. En términos ideológicos, el enfrentamiento era una versión extrema del debate continuo entre los partidos socialdemócrata y conservador por toda Europa.

EEUU y la URSS eran portadores de un mensaje universal, ya que ambos encarnaban dos sistemas de valores totalizadores y excluyentes. El objetivo último de cada uno de ellos difería radicalmente de los conflictos territoriales o económicos tradicionales. Se trataba de convencer al otro de sus concepciones, intentar que el enemigo evolucionase desde el interior hacia las posiciones defendidas por el otro bloque. La guerra fría terminaría cuando prevaleciera la ideología dominante de una única superpotencia. En este sentido, resulta innegable que la guerra fría aceleró el proceso de globalización. Para I. Wallerstein, «cada discurso ideológico reforzaba al otro, y ninguno se podía mantener sin el contrario. La guerra fría permitió a cada bando, en el nombre del americanismo o del leninismo, mantener bien sujetos sus respectivos campos, “limpiar sus casas” si lo consi-

deraban necesario y reorientar las mentalidades de generaciones futuras».³

Con la insaciable demanda de recursos para hacer frente a las amenazas del enemigo, la exacerbación de la intolerancia política e ideológica, el énfasis en amenazas externas y la consecuente negligencia de los problemas internos, la guerra fría deformó en gran medida las sociedades soviética y norteamericana, distorsionó sus prioridades y dilapidó su riqueza. Otorgó una justificación para la proyección del poder y de la influencia norteamericana, facilitando así el liderazgo mundial de EEUU. También concedió al dictador Stalin y a sus sucesores un enemigo externo para justificar el régimen interno represivo, ayudando a legitimar un gobierno que carecía de legitimidad y el férreo control del partido comunista sobre la URSS. Por otra parte, exacerbó problemas como la pobreza crónica, la degradación del medio ambiente, los conflictos étnicos y la proliferación de las armas de destrucción masiva.

En general, la guerra fría tuvo unos campos de actuación determinados en cada momento. Tras el fin de la segunda guerra mundial, las dos grandes potencias intentan hacerse con zonas de influencia en Europa. Durante la década de los cincuenta, las esferas de influencia se trasladan al noroeste asiático. Posteriormente, en los años setenta, el escenario de tensión y conflictos se sitúa en la zona del Sudeste Asiático. En la década de los setenta, la lucha se libró para obtener influencia en Oriente Medio y en el continente africano. Por último, durante los años ochenta, es el turno de América Central.⁴

Entre 1945 y 1999, y tan sólo durante tres semanas, no existió ningún conflicto en el mundo. A lo largo de toda la guerra fría se libraron entre ciento cincuenta y ciento sesenta conflictos abiertos. A pesar de todas sus consecuencias psicológicas, económicas y la devastación ocasionada en aquellos lugares del mundo donde las superpotencias encontraron un lugar para sus guerras vicarias, la guerra fría tuvo un mérito innegable: se convirtió en un sistema internacional caracterizado por un código implícito de comportamiento que ayudó a evitar la devastación de una tercera guerra mundial. El enfrentamiento entrañaba una suerte de segu-

ro global contra una posible catástrofe nuclear, una forma de control político que impedía que las guerras locales desbordasen el marco estrictamente regional. De todo ello surgiría una paradoja estabilizadora en virtud de la cual los pequeños Estados perseguían sus objetivos políticos a la sombra de la correspondiente superpotencia, aunque el precio de la ayuda norteamericana o soviética fuera ceder una gran parte de la soberanía a las prioridades estratégicas de EEUU o la URSS.

Aunque son poco conocidas, muchas de las consecuencias sobre la vida cotidiana de la guerra fría ayudaron a modelar el mundo actual. En EEUU, por ejemplo, el sistema de autopistas interestatales fue creado, merced a la National Security Act, para facilitar el traslado de tropas y agilizar la evacuación de las ciudades en caso de un ataque nuclear. El aumento de la educación universitaria que se produjo en EEUU en los años cincuenta obedece a la necesidad apremiante de hacer frente a la amenaza tecnológica soviética que había situado al primer satélite —el Sputnik— en órbita en 1957. La guerra fría también transformó el mapa económico de EEUU gracias a las enormes necesidades del llamado complejo industrial-militar. Así, cuando comenzó la guerra fría la población de California era de tan sólo cinco millones, mientras que al término de la misma este estado había alcanzado ya los treinta millones debido a las nuevas industrias relacionadas con el complejo industrial-militar.

En Europa, aparte del Plan Marshall, la guarnición norteamericana de 300.000 hombres en la República Federal Alemana (RFA) transfería dólares a la economía europea y sirvió de puente que facilitó las exportaciones europeas hacia EEUU. Por poner tan sólo un ejemplo, el Volkswagen «escarabajo» ingresó en el mercado norteamericano de la mano de los soldados que regresaban a casa. Asimismo, el milagro económico japonés puede situarse cronológicamente durante la guerra de Corea, cuando Japón se convirtió en la base principal para el renovado esfuerzo de guerra norteamericano. Japón fue el principal suministrador de material no bélico a las fuerzas norteamericanas. En los años sesenta, la guerra de Vietnam tuvo un impacto duradero en Asia. Los japo-

neses suministraban a las bases norteamericanas vehículos Honda, así como radios y material diverso. El auge hotelero de Bangkok fue consecuencia de la decisión de convertir a Tailandia en el principal punto de descanso para las tropas destinadas en Vietnam. Los muelles de Singapur, que se encontraban en crisis tras la retirada de la menguante flota británica, encontraron nuevos clientes en la poderosa marina norteamericana. La reputación de Hong Kong como centro libre de impuestos de Asia se consolidó con las tropas norteamericanas que acudían desde Vietnam.⁵

Las tropas norteamericanas en Europa y Asia llevaban con ellos su música, sus cigarrillos, sus vehículos, sus películas y sus Coca-Colas.⁶ Fue, sin duda, un legado duradero y contradictorio. El choque europeo con la cultura norteamericana durante la segunda guerra mundial se agudizó y se consolidó con la presencia continua de las tropas estadounidenses en el Viejo Continente. Fue una forma de poder subliminal y seductor, que se evidencia en la ironía de observar a los estudiantes europeos manifestándose de forma agresiva contra la guerra de Vietnam al ritmo de los sonidos del *rock and roll* norteamericano y a los dirigentes soviéticos quejarse del imperialismo norteamericano mientras sus productos invadían el necesitado mercado negro comunista. Incluso los pilotos de la línea soviética Aeroflot se veían obligados a aprender inglés, ya que se trataba del lenguaje universal de las líneas aéreas comerciales. Por otro lado, la guerra fría ayudó a la globalización y así uno de sus instrumentos más significativos, internet, fue en su origen un sistema de enlace computarizado para la estrategia nuclear. Significó, en suma, un sistema global de relaciones internacionales que modificó profundamente la forma de vida de países enteros y transformó radicalmente las capacidades tecnológicas.

Occidente venció en la guerra fría porque su economía demostró ser capaz de suministrar al mismo tiempo «cañones y mantequilla», buques de guerra y vehículos privados, cohetes, misiles y vacaciones en el extranjero para una gran cantidad de sus ciudadanos.⁷ En Occidente, la guerra fría creó una mezcla singular de inversión estatal y libre empresa que generó, a su vez, unas sinergias sin precedentes entre la prosperidad privada y el gasto pú-

blico dedicado a la defensa. Como señala Paul Kennedy, «parece que el verdadero problema (de los imperios) no era la capacidad para que, en última instancia, uno realizara una demostración de fuerza, sino su fracaso en reconocer que, a largo plazo, la salud, la riqueza y el poderío de la nación dependen del alcance no militar del poder de la nación y de la toma de decisiones políticas difíciles en el frente interno».⁸ De las economías que más crecieron durante el período, Japón nunca destinó más del 1% de su producto nacional bruto (PNB) a la defensa, la RFA alcanzó el 5% en 1965 para caer posteriormente hasta el 4% en 1975, cifra en la que se estabilizó. La economía que más invirtió en defensa, la de la URSS, resultó a la postre la más afectada por esa distorsionada asignación de recursos.⁹

El comunismo fue el gran reto de EEUU y sus aliados durante la segunda mitad del siglo XX, al igual que el terrorismo se ha convertido en el enemigo del siglo XXI. La diferencia entre ambos resulta notable. El comunismo era fácilmente comprensible para los ciudadanos occidentales, ya que sus orígenes podían rastrearse en la Ilustración europea; se trataba, indudablemente, de una religión secular que prometía el paraíso en la Tierra. El terrorismo, por el contrario, muy especialmente el suicida, resulta de muy difícil comprensión para la mentalidad occidental.

El legado más oscuro de la guerra fría se encuentra también presente en el mundo actual. Los campos de minas en Mozambique, Angola y Camboya que continúan matando y mutilando a centenares de personas cada año, a pesar del fin de los conflictos internos que desgarraron a esos países, el peligro de los vetustos submarinos nucleares soviéticos en los puertos rusos, el antagonismo de Rusia a la expansión de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), la inestabilidad en Afganistán y el difícil acuerdo sobre la reunificación de Corea, son tan sólo unos pocos recordatorios de su terrible legado.¹⁰ Existen también guerras frías localizadas que perviven en la actualidad (India-Pakistán, Israel-Siria, las dos Chinas, las dos Coreas, entre las más destacadas).¹¹

A menudo, el enfrentamiento Este-Oeste dio lugar a una multitud de conflictivas interpretaciones concernientes a la responsa-

bilidad de su origen, su duración y su final. Casi todas estas interpretaciones estaban, a su vez, influenciadas por la misma dinámica de la guerra fría y, la gran mayoría, eran profundamente políticas, ya que las posiciones en liza eran tributarias de los debates que surgieron durante el conflicto. El final de la guerra fría no ha cerrado los debates y la paulatina apertura de los archivos soviéticos tampoco resulta concluyente. Si bien resulta un tanto aventurado señalar con J. L. Gaddis que «*We Know Now*» (ahora sabemos),¹² es indudable que hoy, tras la apertura de gran parte de lo que fue la URSS y sus aliados, se puede realizar un balance bastante equilibrado del período. No obstante, es preciso tener en mente que todavía pueden aparecer documentos que obliguen a una nueva interpretación de la guerra, al igual que, durante los años setenta, la aparición de documentos sobre «Ultra» afectó decisivamente la visión que teníamos sobre la segunda guerra mundial.¹³

En la historia de la guerra fría es necesario alertar al lector sobre lo que Garton Ash, siguiendo al filósofo Henry Bergson, ha denominado «las ilusiones del determinismo retrospectivo».¹⁴ Con esta expresión se hace referencia al error de predecir los resultados finales al analizar los diversos episodios. El historiador, que ya conoce el desenlace, se ve acechado por el peligro de realizar juicios retrospectivos anacrónicos. También es preciso llamar la atención sobre la necesidad de evitar concluir que el desarrollo de los acontecimientos era el más obvio o el que conducía al mejor resultado posible. Existe el peligro de considerar que las raíces de la caída de la URSS estaban presentes a lo largo de toda su historia. El análisis de los acontecimientos alemanes de 1953, los de Hungría en 1956 o de Checoslovaquia de 1968, por citar tan sólo unos cuantos ejemplos, pueden dar la falsa impresión de que eran ensayos para lo que se avecinaba en 1989.

En una obra de las características de la presente resulta imposible poder tratar con detenimiento todos los conflictos y las etapas. Inevitablemente se ha tenido que realizar una siempre difícil selección entre qué cuestiones resulta imprescindible estudiar y cuáles era necesario omitir acerca de un conflicto de una enorme

magnitud que se dilató en el tiempo durante cuatro décadas y media y que abarcó la totalidad de la geografía planetaria. Para profundizar en el período se ha considerado oportuno, además del aparato crítico, incluir al final una selección bibliográfica sobre los diversos períodos y sus conflictos más destacados.

El objetivo de esta obra es servir de resumen de ese período fundamental de la historia, la llamada «guerra de los cincuenta años», que modeló y afecta todavía a nuestro mundo, tratando de forma escueta y concisa los principales aspectos de esa compleja organización de las relaciones internacionales que engloba la expresión «la guerra fría». En todo caso, se trata de una obra de síntesis, no de un intento de simplificar el período, cosa que considero que sería un grave error. Cuanto más se simplifica la guerra fría menos se logran comprender sus orígenes y su desarrollo. La guerra fría no tuvo una causa única, ni una sola fuerza motriz, como tampoco existió un único factor para su desenlace. Es importante tener presente en todo momento que no ha sido siempre posible ofrecer visiones alternativas a las interpretaciones de los diferentes períodos. Una historia global debería incluir el papel de los individuos; sin embargo, en atención a los objetivos de esta obra, ésta se limita al estudio de las estructuras, los procesos y las crisis más destacadas, realizando, en su caso, valoraciones esenciales sobre los líderes de ambas potencias.

El agudo comentario del dirigente chino Zhou Enlai en los años cincuenta sobre la importancia de la Revolución francesa, al señalar que era demasiado pronto para hablar de sus repercusiones, se aplica perfectamente al asunto que nos concierne. Desde la etapa revolucionaria de Robespierre en la década de 1790, hasta la educación en Francia de Zhou Enlai en la década de 1920, habían transcurrido 130 años. Desde el final de la guerra fría no han transcurrido todavía dos décadas. Sin embargo, resulta hoy posible realizar un análisis de sus principales características y sus momentos decisivos con las nuevas fuentes disponibles.

La guerra fría fue una larga cadena de contradicciones: la carrera armamentística conllevaba el riesgo de la aniquilación de la raza humana; el miedo al holocausto nuclear significó que la esta-

bilidad se convirtiese en el valor más codiciado incluso cuando la misma significaba cooperar con rivales ideológicos para hacer frente a situaciones de extremo peligro. El historiador J. L. Gaddis conceptúa el período como «la larga paz».¹⁵ Para Dean Acheson no había existido tanta polarización en el mundo desde la lucha entre Roma y Cartago por la supremacía en el Mediterráneo.¹⁶

En su estudio sobre las causas de la guerra, el historiador G. Blaine afirma que éstas ocurren cuando los Estados competidores están en desacuerdo sobre su poder relativo.¹⁷ Afortunadamente, durante la guerra fría ambas potencias no llegaron a un desacuerdo suficiente sobre su poder relativo como para lanzarse a una contienda devastadora. A la postre, el largo enfrentamiento de la guerra fría, la llamada «guerra sin balas», una lucha a muerte entre dos sistemas políticos incompatibles por el control del destino mundial, fue resuelto sin tener que recurrir a la guerra nuclear que había aterrorizado a generaciones enteras y que daba sentido al funcionamiento de la confrontación Este-Oeste. Y ésa fue, sin duda, la gran victoria de la humanidad.